

servador, el inaceptable, Vasconcelos –animal perteneciente a un paisaje– es todavía un espejo negro que nos asusta mirar: está oculto pero vivo; y vive, como la tradición, en las reincidencias espontáneas e involuntarias que lo actualizan sin evocarlo ni invocarlo. Uno de los nombres de la cultura mexicana es el de José Vasconcelos Calderón, curiosa la omisión de su apellido materno: el profeta que pensaba que el espíritu era locuaz (y no silencioso), y que prefería una raza antes que otra, es decir, que creía en el espíritu manifiesto de la cifra mestiza mexicana: un racista, en fin, que no creía en las razas, un pensador asistemático que participa gustoso de las edades mágicas y arcaicas del pensamiento a la sombra del mito de una genialidad localizada. ❧

In memoriam

EL DETECTIVE SALVAJE: CLAUDE LÉVI-STRAUSS (1908-2009)

J. M. G. LE CLÉZIO*

Claude Lévi-Strauss, antropólogo, escritor y aventurero, murió hace una semana a la edad de 100 años. Murió discretamente, de la misma forma en que vivió, si bien fue el más eminente y, acaso, el último filósofo francés. Sus ideas influyeron en sus contemporáneos lo mismo que las obras de Jean-Paul Sartre y Albert Camus.

Su edificio, el estructuralismo –la teoría de una unidad estructural en todas las culturas– se erigió sobre la obra del lingüista Ferdinand de Saussure y sobre la sociología de Marcel Mauss. Pero el mayor logro del señor Lévi-Strauss fue haber logrado darle una nueva forma al sencillo arte de recopilar información acerca de los así llamados primitivos. En su libro *La pensée sauvage* (El pensamiento salvaje)¹, publicado en 1962, mostró a esta gente primitiva como iguales a aquellos pertenecientes a las culturas más elevadas del mundo civilizado.

Lo que siempre me llamó la atención del pensamiento del señor Lévi-Strauss fue su habilidad para sortear las trampas de la etnología moderna, lo mismo que el viejo colonialismo. Hay una diferencia enorme entre el señor Lévi-Strauss y sus precursores más notables, E. E. Evans-Pritchard o Bronislaw Malinowski: su humanidad y su melancólica bondad, que lo hicieron reticente a la investigación de campo dado el miedo que tenía de

* Traducción del inglés de David Miklos. Este texto, aparecido el 8 de noviembre de 2009 en *The New York Times*, se publica con el permiso expreso de su autor, columnista de opinión de dicho diario.

¹ En francés, “la pensée sauvage” remite, lo mismo que a su traducción literal, a la flor silvestre nomeolvides. El libro pertenece, en su traducción al castellano, a los Breviarios del Fondo de Cultura Económica.

invadir a la gente que estudiaba o a decepcionarse por todo lo perdido tras la evolución de los tiempos modernos.

Aun así, Claude Lévi-Strauss superó su renuencia y fue abriendo así nuestras mentes a la complejidad extraordinaria de la forma de vida de los bororo y los nambikwara. En sus libros expresó la belleza y la inteligibilidad de los mitos. Y guardó en su corazón la calidez y la modestia del joven que alguna vez fuera, un hombre afectado por una simpatía pesimista hacia las civilizaciones moribundas, la gente moribunda.

El señor Lévi-Strauss fue –y así le hubiera gustado que se le recordara– un simple testigo del curso de los días que corren. Nunca estuvo cierto de que aquello sobre lo que echó luz sobreviviera al presente, una verdad inevitable y amargamente lúcida expuesta en *Tristes tropiques* (Tristes trópicos)², uno de sus más famosos libros: “El mundo comenzó sin la raza humana y ciertamente terminará sin ella.”

PIERRE CHAUNU (1923-2009)

PATRICE GUENIFFEY

Pierre Chaunu nos dejó el 22 de octubre de 2009. Entre 1960 y 1990 se contó entre los que más contribuyeron a la influencia de la escuela histórica francesa. Profesor en la Universidad de Caen, luego en la Sorbona, deja una obra cuya dimensión y diversidad imposibilitan de antemano cualquier esfuerzo de síntesis. Su monumental tesis de doctorado –¡doce volúmenes!– sobre *Sevilla y el Atlántico, 1504- 1650*, publicada en 1955, lo impuso en seguida como uno de los grandes especialistas de la historia de España y de la cultura hispánica; les dedicó muchos libros, hasta su *Charles Quint* publicado en 2000 con Michelle Escamilla. Si la historia de España lo llevaba naturalmente a la de América, le abrió también, algo tan poco frecuente que merece ser subrayado, las puertas de la historia y de la cultura europeas. Le dedicó dos volúmenes de una prestigiada colección publicada por la editorial Arthaud: el primero, en 1966, sobre la Europa clásica del siglo XVII, y el segundo, en 1971, sobre el Siglo de las Luces, manifiestan el genio ya maduro de un historiador dueño de una inmensa variedad de conocimientos, de una prodigiosa erudi-

² El libro, publicado en 1955, existe en castellano y bajo el sello de Paidós.

ción y de un pensamiento capaz de abrazarlo todo. Nadie más, entre sus prestigiosos contemporáneos, tuvo al mismo grado que él el don de brincar sin pena por siglos, continentes, civilizaciones. Pero el hombre de los amplios frescos, de los vastos panoramas, de Sevilla hasta las Américas y Filipinas, es a la vez hombre de cifras y estadísticas. Practicó durante mucho tiempo un género hoy casi desaparecido: la historia serial, cuya legitimidad defendió con pasión³ y cuyos métodos le inspiraron uno de sus libros más hermosos: *La mort à Paris, XVII- XVIIIe siècles* (1978). En todo lo que hizo, la pasión, que llevaba a veces a un grado extremo, tuvo un gran papel. Uno podría pensar que era austero aquel protestante que predicaba en domingo en el templo: todo lo contrario. Uno quedaba primero impresionado por el nombre y la fama de aquel ser humano, para de inmediato ser conquistado por su gentileza y generosidad. Pierre Chaunu era un hombre apasionado, un hombre de convicciones que ponía a su servicio una elocuencia de predicador, sostenida por un físico de luchador: no muy alto, fuerte, mandíbula cuadrada, pelo blanco cortado a ras, mirada de águila; elocuencia que portaba, de manera singular, una voz suave y delicada, con un timbre casi femenino. Quien lo vio y escuchó, conserva de él un recuerdo inolvidable. Sus clases, sus intervenciones en los coloquios eran otros tantos espectáculos a los cuales uno asistía tanto por el actor como por el tema de la obra. Era aquel un momento desconcertante y retador, hasta para aquellos, y eran numerosos, que no compartían sus convicciones. Nada menos “políticamente correcto” que Pierre Chaunu.

¿Peleonero? Ciertamente, cuando le parecía que la causa valía la pena. Además, podrán pensar algunos, le gustaba la paradoja: protestante, defendía a la Iglesia católica; republicano, nacido según sus propias palabras “a unos pasos del campo de batalla de Verdún”, le exigió a la República que le diera su lugar, en la memoria colectiva, a la tragedia de la Vandea. Ese hugonote tenía algo de papista, ese republicano tenía algo de “chuan”. Hubiera defendido al rey, si hubiese vivido la Revolución: lejos de imitar al abogado revolucionario Ponchet, quien, solicitado por Luis XVI para su defensa a la hora del proceso, se negó tanto por ideología como por miedo a pasar por realista, Chaunu hubiera ofrecido sus servicios para una causa que no era la suya. A propósito de la Vandea, se lanzó casi solo contra una cons-

³ *Histoire Quantitative, histoire sérielle* (París: Armand Colin, 1978).

piración del silencio vieja de dos siglos y fuerte de la adhesión de casi todos sus colegas historiadores. Ciertamente exageró un poco al emplear la palabra “genocidio”, que bien podría no ser la más apropiada para caracterizar la masacre de los vandeanos por los ejércitos revolucionarios en 1793 y 1794. Tampoco es cierto que el principal culpable haya sido Lazare Carnot; Chaunu decía que escupía cada vez que caminaba a lo largo de los muros del liceo que lleva el nombre del antiguo miembro de la Convención. Pero, sin su radicalismo, ¿habría conseguido la incorporación a la historia de la Revolución Francesa de un capítulo del cual la República tan poco orgullo tenía, que había ordenado su olvido? Lo que en 1985 era tan sacrílego, hasta inadmisibile para muchos, nadie lo pone en duda hoy.

Otro de sus combates hizo correr más tinta todavía y le valió muchas enemistades. A mediados de los años 1970, quizás a partir de sus trabajos sobre la conquista de América por los españoles y la casi extinción de la población indígena, sobre la demografía histórica, llegó a la conclusión de que las civilizaciones aparentemente más estables bien podían desaparecer y que en tal proceso el indicador demográfico tiene un papel crucial. Durante años denunció el suicidio demográfico de Occidente, cuya amenaza leía detrás de la natalidad. *Le sursis* (1978), *La France ridée* y *Un futur sans espoir* (1979) fueron las primeras entre las numerosas piedras que aventó en el estanque de las certidumbres de sus contemporáneos.

Pero si tuviese que llevarme a un lugar desierto un libro de Chaunu, elegiría uno de los que dedicó a los desgarramientos religiosos del siglo XVI; mejor dicho, pediría el favor de llevarme dos, mejor que uno: primero, su gran fresco publicado en 1975, *Le Temps des Réformes*, luego, el libro, menos conocido, pero deslumbrante de erudición e inteligencia que consagró en 1980 a las eclesiologías protestantes y católica: *Eglise, culture et société: Réforme et Contre- Réforme, 1517- 1620*.

Esta selección mía tiene que ser parcial y no le hace justicia, pero ninguna podría hacer esto con la obra de uno de los más grandes historiadores que han abordado el tránsito del siglo XIX, una obra en la cual, durante mucho tiempo, encontraremos más oro que arena. En nuestros tiempos de conformismo y blanda tiranía nos hará falta la voz de Pierre Chaunu.⁴ ❧

⁴ Pierre Chaunu, con su generosidad de siempre, presidió la fundación de *Istor*.